

GONZALO RUBIO ORBE

José Albuja Chaves

"No se envejece por haber vivido un cierto número de años; se envejece por haber desertado del ideal. Los años arrugan la piel; renunciar al ideal, arruga el alma. Serás tan joven como grande sea tu fé: tan viejo como tu duda; tan joven como tu confianza; tan viejo como tu abatimiento".

Anónimo

"La esperanza debe estar fincada, como en una tabla de salvación, en la cultura y en la educación, pero orientadas y puestas al servicio de la paz, de la justicia social, de la democracia y de la libertad. La historia debe estar orientada hacia esos supremos objetivos para que deje de ser ya obra de leguleyos, de diplomáticos y de soldados. La historia del futuro será y debe ser obra de los artífices de la cultura y de los maestros".

Prof. Alfredo Albuja Galindo

La noticia, ciertamente, fue inesperada. Tremendamente sorpresiva. Dolorosa y desconcertante. Pues, pese a su edad, en verdad acicalada por un poco más de ocho décadas, parecía que

su compañía iba a continuar deparándonos el privilegio sentido de saberlo por mucho más tiempo un grato habitante de este inquietante y veleidoso mundo terrenal, y por consiguiente de beneficiarios cercanos de su generoso y delicado hontanar, de su ascendrada sabiduría y de su permanente actitud de gran conversador, suscitador pertinaz y porte de preclaro varón.

Pero se fue. Sin anuncios se marchó al mundo de los justos. Allá, donde reina la paz, el sosiego y conviven los espíritus superiores. Hoy forma parte de una tertulia de consagrados, vastos y manifiestos quilates, junto a sus coterráneos, los que aunados y conjugados en ramillete de lujo, cual aleación refulgente, anticiparon su partida preparando el camino y la curul luminosa y celeste para su llegada: Isaac J. Barrera, Enrique Garcés, Víctor Gabriel Garcés, Francisco H. Moncayo, Víctor Alejandro Jaramillo, José Ignacio Narváez, entre otros. Y quedan ciertamente figuras de la talla intelectual de Gustavo Alfredo Jácome y Fernando Chaves, para citar unos pocos pero de enjundia, que constituyen el testimonio de una generación de otavaleños, de principios de siglo, de cepa y prosapia, de señera presencia, que si bien poco a poco se fue deshojando cual pétalos maduros que se reintegran a la tierra, a su propio y fructífero barro, no es menos cierto que impregnaron un sello, aroma y néctar de profunda distinción, de jamás desmentida intelectualidad y de un otavaleñismo eterno y romántico, puro y transparente, combativo y profuso, altivo, constructivo y de alto y elevado coturno.

Fue GONZALO RUBIO ORBE ante todo un verdadero maestro. Un forjador de juventudes. De una promoción del normal Juan Montalvo de peso, vivencia y valía, de tremenda proyección sociológica. Basta citar a Roberto Posso, Arturo Freire, Alfredo Albuja Galindo, para ubicar su figura en el contexto nacional y en la vasta producción intelectual que desarrollaron y algunos todavía persisten a través de su diamantina existencia.

Lo conocí —un privilegio de orgullo— como eximio pedagogo, consagrado literato, veraz historiador y, ante todo, excepcional indigenista, disciplina y género en el cual trascendió las

fronteras patrias con entereza y personalidad, siendo como es y ha sido algo tan manoseado y, en muchos casos, desgraciadamente reales y tan evidentes como detectables y detestables, algo tan manoseado y aún de expresiva cursilería.

Junto a mi padre –cuyos vínculos fueron de entrañable compañerismo que lindó la hermandad bien entendida de los hombres superiores honraron a prestigiosas entidades del acaecer cultural como la Academia Nacional de la Educación; la Academia Nacional de Historia; la Matriz de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y, en fin, otros foros donde siempre sembraron el gérmen social.

El país entero y muy especialmente Imbabura y Otavalo perdieron un erguido portaestandarte de la cultura. Quedan la luz y el camino como guía permanente para que nuevas generaciones emprendan la avanzada recogiendo las enseñanzas cargadas de humanismo y de respeto al hombre y su grandeza, de quienes como Gonzalo Rubio Orbe –así, con su nombre completo– nos dejaron a raudales en su palabra, en sus gestos, en sus letras y en sus actitudes.

Se puede afirmar que el hombre es fruto de su medio, de su entorno y de sus circunstancias. De la dinámica de las colectividades y de la historia como un punto de partida y una lección vital. Bien se dijo que "la vida antes que un frío panorama de las cosas hechas y acabadas, en un cambio y una marcha indefinida, un proceso en el hacerse y en el torrente".

Así fue y así creyó Rubio Orbe. Supo que "el hacerse dialéctico de los acontecimientos sociales, que la opresión, la tiranía y la servidumbre como el heroísmo, el sacrificio y la libertad, suelen constantemente aparecer envueltos en una misma realidad vital".

Hace un año y poco más, el manto azul del infinito acogió en su entorno a una nueva y fulgurante estrella.



Sr. Galo Plaza Lasso y Dr. Gonzalo Rubio Orbe